

El preludeo de la eternidad. Germán Espinosa, *Aitana*

Bogotá: Alfaguara, 2007

ISBN 978-958-7045-54, 404 pp

Cristo Rafael Figueroa Sánchez / Pontificia Universidad Javeriana

Dentro de la trayectoria literaria de Germán Espinosa se puede establecer un ciclo narrativo o una secuencia temática centrada en la preocupación por acceder a la eternidad y por establecer puentes de comunicación entre dicha dimensión atemporal y el tiempo presente de la vida: este tópico es evidente desde “Una ficción perdurable”, inserta en *Romanza para murciélagos* (1999), acrecienta el tratamiento literario del mismo en *Rubén Darío y la sacerdotisa de Amón* (2003) y luego lo afina en *Cuando besan las sombras* (2004). Con la publicación póstuma de *Aitana* (2007) Germán Espinosa completó este ciclo y la totalidad de su legado literario. El texto es una versión, utilizando a los protagonistas -Aitana y su esposo (narrador)- de un fragmento de la autobiografía del autor y su esposa, enmarcada en “la pintura de Aitana y... la humilde literatura que ensayaba yo” (14). Los dos son el eje narrativo de *Aitana*, que al enmarcar a Bogotá como escenario, (ya lo había hecho en *La lluvia en el rastrojo* (1994), *La tragedia de Belinda Elsner* (1991) y *Los ojos del basilisco* (1992), entre otros textos, recrea una ciudad que accede al siglo XXI entre los escombros que deja el pasado y la resignación de hacerse de nuevo un camino en la historia, donde nos podemos ver “rodeados de sombras nocturnas, en un centro de Bogotá desierto y fantasmagórico” (395).

Es clara la relación de continuidad temática y estética entre *Cuando besan las sombras* y *Aitana*, pues en ambas la realización de un crimen es la causa y excusa para contar la historia de amor que se nutre de los planos físico y metafísico: el amor y la muerte o la vida y el odio son las dualidades que marcan a las sociedades contemporáneas que como la bogotana termina por privilegiar los valores individuales en detrimento de los valores colectivos; en efecto, la sociedad prefiere el mal al bien, ya que este segundo no representa posibilidad en el mundo real, y el primero, en cambio, parece ser la causa de los tiempos terribles y dolorosos que se ciernen sobre las sociedades; este combate de fuerzas se libera en la ciudad, a partir de la cual se concibe el crimen como un hecho catártico que termina por activar su existencia. Si bien esta situación es contradictoria, se requiere de la muerte como negación de la vida para empezar a reconocer el valor que ésta tiene después de la muerte; el narrador-protagonista es enfático al afirmar: “nuestro mundo no está hecho para la paz ni para el amor: la sola presencia de la muerte, que nos envuelve bajo múltiples ropajes, descarta toda posibilidad de encontrarlos, salvo en la entraña de nuestros corazones” (315).

Por otra parte, la ciudad parece estar siempre preparada para la muerte; de hecho, la novela comienza con el fallecimiento de Aitana, pero inmediatamente la narración se convierte en la

explicación clara de que el acceso a la eternidad de la amada es otro eslabón doloroso ocurrido al narrador desde hace muchos años a causa del mal que se fragua desde la sombra humana de la envidia. Este hecho permite reconocer la presencia del mal, la atmósfera enrarecida de la vida, el frío sepulcral de la ciudad, el falso otoño de la naturaleza a la que por cuestiones geográficas se le castigó con el sufrimiento de las no estaciones; precisamente, la música de réquiem que resuena en las páginas de *Aitana* es un eco de la novela anterior, cuya estructura se corresponde con la de una sinfonía; además no es gratuito que el personaje de *Cuando besan las sombras* sea un músico en proceso de creación que está elaborando su “sinfonía número uno” (39); por su parte, en *Aitana* la música se convierte en, “el rondó (*Andantino, Allegro moderato*) [que] semeja un estallido de fuegos artificiales que anticipará de algún modo la incandescencia de las marmitas avérrnicas” (290) y nos prepara, al igual que al protagonista para acceder al más allá.

En una concordancia entre escritura y vida, la Bogotá donde transcurren los casi cinco años que abarca la novela, son los últimos que en la misma ciudad vive el autor. De allí que desde el tono autobiográfico se convierta a la ciudad en escenario para (re)crear las últimas pinceladas de una historia de amor invadida por la muerte por medio de la figura maligna del poeta, quien a su vez se convierte en antagonista de la novela. En verdad, el ámbito cultural de la ciudad es cuidadosamente descrito por el narrador, de tal manera que el poeta/brujo es la representación física del mal, tal como lo señala el narrador: “Me ocuparé ahora de las llamadas telefónicas del brujo, el hombre que invocó la maldición” (19). Entonces, para aumentar la tensión y mantener el interés del lector durante toda la historia, la trama se va nutriendo de indicios, frente a los cuales se generan reacciones diferentes: mientras el personaje parece no darse cuenta del sino trágico que llevará a la pérdida de Aitana, el lector va recibiendo pequeñas pistas que le permitirán llegar a la resolución de la historia.

Es innegable la dimensión autobiográfica que recorre la novela: no sólo se mezclan estratégicamente hechos personales de Espinosa, sino que se ficcionalizan situaciones y personajes que en vida del autor compartieron lecturas, gustos críticos, artes y demás aspectos de la cultura. Así mismo, el autor implicado en el narrador protagonista toma postura crítica frente al desarrollo cultural de la sociedad capitalina, y política del país: “un gobierno que garantizaba la más desaprensiva libertad de expresión, que había brotado de la voluntad popular y que convocaba de modo periódico los procesos electorales previstos en la Constitución...” (27). Todos estos aspectos combinados entre sí constituyen el

homenaje que Germán Espinosa termina haciéndole a su fallecida esposa; ella es la sombra que ilumina la escritura en pro del espíritu infinito: “que nada tiene que ver con este tiempo en que intentamos sobreaguar y que es nuestro más fiel compañero hasta el día mismo en que lo detiene la muerte” (366).

El tono erudito de la novela, característico de la producción espinosiana, da cuenta de la amplitud de conocimientos y discursos que Espinosa pretende novelar; se puede hablar de una biblioteca del escritor a través del narrador de la novela, quien por el ambiente cultural en que se movía termina por asimilarse con el autor. Es imposible que el lector escape a la cultura del letrado inmerso en el espacio de las tertulias con estudiantes ávidos de conocimiento, así como de los contertulios que éstos mantenían con el personaje/escritor en torno al proceso cultural que a comienzos del siglo XXI se desarrollaba en Bogotá. El entramado narrativo evidencia el saber erudito acumulado que Espinosa intenta traducir a sustancia narrativa: Montaigne (364), Stephen Hawking (302), Dante (267), Debussy (245), Werner Kart Heisenberg (203) y un amplio etcétera, que pueden incluso convertirse en distractores para el lector que anda persiguiendo al causante del mal en la novela, pero a la vez se constituye un intento de vincular críticamente pensamientos locales con categorías universales.

Ahora bien, la dicotomía realismo físico – espiritualismo rige barrocammente el equilibrio inestable de la novela, pues mientras la sociedad bogotana se muestra dedicada a los placeres del consumismo material en detrimento del cultural, el amor terrenal

alcanza una esfera superior al convertirse en amor espiritual, algo así como un amor más allá de la muerte: el fallecimiento de Aitana se constituye en suceso final para el cuerpo pero a la vez se convierte en hecho vital para el espíritu: “De improvviso, intuía que mis manos, esas mismas que por años acariciaron su cuerpo con unción tan ferviente, ahora podrían, con devoción más espléndida, acariciar el contorno incorpóreo pero acaso más firme de su espíritu” (403).

La espiritualidad, como tópico que guía la búsqueda del narrador y del autor para otorgarle una nueva simetría al universo, no es nuevo en Espinosa, pero es peculiar su tratamiento porque por una parte, recurre a los significados ocultos de la realidad para descubrir los significantes que en la irrealidad de la existencia esconden al ser humano capaz de recurrir a fuerzas extrañas para ejercer su dominio sobre el otro y completar su proyecto de ambición personal. Por otra parte, el entramado narrativo estimula el amor más allá de la muerte y motiva la lectura desde la escritura como la relación perenne entre el que escribe y el lector. La escritura permite pues que los amantes se encuentren de nuevo en la eternidad espiritual a la que acceden luego de abandonar el mundo físico y terrenal como en una especie de transmigración y presencia del otro aquí y ahora, aunque ello signifique el final de la novela: “Aitana se me había aproximado toda ella, espíritu y vida, por la vía electrónica y sus palabras eran decisivas e iluminadas” (404), y entonces, en un especie de *retombeé*, la novela comienza.